19 DE OCTUBRE.

MEDITACION

SOBRE EL MISTERIO DE LA CRUZ A CUESTAS.

PUNTO 1º

Considera á Jesucristo llevando sobre sus hombros sangrientos y lacerados la cruz; cae bajo su peso, y le dan bofetadas, palos y puntapiés para que se levante; pero le faltan las fuerzas. Estas caídas misteriosas nos enseñan, dice el gran Padre San Agustín, á postrarnos á los pies de Jesucristo, á sacrificarle nuestro miserable orgullo, á humillarnos, haciéndonos enfermos ante esta Divinidad que se hizo voluntariamente enferma, y obligar á ese Dios poderoso en su abatimiento á que nos alargue una mano compasiva para levantarnos. ¡Oh caída prodigiosa! Oh desfallecimiento milagroso del Salvador, pues mirándolo los judíos caer por tierra y temiendo muriese en el camino y quedasen frustrados sus depravados deseos de verle clavado en la cruz, cuando ¡oh decretos admira-

bles de la Providencia! en aquel momento se presenta un hombre de Cyrene, llamado Simón, que volvía del campo y pasaba casualmente por aquel camino en donde permanecía la Santa Víctima, el cual viéndolo los judíos le obligaron á que ayudara á llevar la cruz á nuestro divino Redentor, á pesar de sus repugnancias. Mirad en la persona del Cireneo á muchos cristianos que están animados de los mismos sentimientos, pues se avergüenzan de llevar la cruz de Jesucristo. Cosa sorprendente, exclama San Cirilo, el Hijo de Dios no se avergüenza de cargar la cruz que habiamos merecido, y nosotros, desventurados, é ingratos nos ruborizamos de llevar la cruz que Jesucristo santificó. ¿Nosotros rehusamos sufrir las molestias más leves por amor á Jesucristo? Desgraciados de nosotros si de tal manera obramos. No nos avergonzemos en llevar tan soberana prenda: el Señor la ama mucho y debe ser amada y solicitada de todas sus criaturas: por ella fuimos redimidos y por ella hemos de conseguir nuestra salvación eterna. Abrazémonos de la

Cruz como se abrazó el Cireneo á pesar de sus repugnancias: ya el Señor la santificó al tomarla. No, no temamos el grito que del mundo puede levantarse, pues para él se convertirá en eterna confusión. Acordémonos de lo que dice el Apóstol San Pablo: «Desgraciados de aquellos que por no desagradar al mundo, no se atreven á aparecer como cristianos y se conducen como enemigos declarados de la cruz de Jesucristo.» No permita el Señor que nos gloriemos en otra cosa sino en la Cruz de Jesucristo.

PUNTO 2º

Vuélvete alma mía á tu Salvador que prosigue su trabajoso camino, bañando la tierra con la sangre que corría de las llagas oprimidas con el tórculo ó viga de la pesada Cruz. ¡Oh sangre de Dios vivo, sangre de infinito valor! ¡Como estáis mesclada con el lodo de las calles, y pisadas de vilísimos piés! ¡Oh ángeles del cielo! ¿Cómo no bajáis á la tierra á recoger esta preciosísima sangre? ¿Cómo no ayudáis á llevar la pesada Cruz, intolerable á las desmayadas fuerzas de vuestro desalentado Rey? ¿Cómo no oponéis vuestras santas bendiciones y alabanzas á las blasfemias con que le maldicen los judíos? ¿Cómo sufrís que el Señor que está en el cielo, en medio de las dos divinas Personas, rodeado de celestiales jerarquías, esté en la tierra entre malhechores, y en medio de ellos coronado de espinas, como Rey de los más facinerosos? Sí bien mayor sin duda fué el sentimiento, al encontrarse con su divina Madre. ¡Oh dolorosísimo encuentro! La Madre Santísima, luego que tuvo la funesta noticia, corrió á ver á su Hijo, dándole el amor las fuerzas y aliento, que le quitaba el dolor. Veía por el camino las gotas de la sangre, que le sirvieron de guía para conducirse al Calvario, donde se encontró con su Hijo, y se miraron los dos cara á cara. ¡Oh Dios, con qué pasmo y dolor de ambos! Callaban las lenguas, más, hablaban los corazones; y con la lastimosa vista de los ojos se traspasaban recíprocamente las almas atormentadas. Decía con los

afectos del corazón el Hijo: ¿Para qué venís aquí, Madre mía, á aumentar mi dolor? Bien conozco que mi pasión es la vuestra, pero también vuestro dolor es mío. Yo con esta cabeza coronada de espinas traspaso vuestro corazón: vos con vuestro corazón anegado con tantos afanes, me dobláis las penas. Volved ¡oh Madre mía! á vuestro retiro, que no conviene á vuestra pureza esta compañía de ladrones y verdugos. ¡Volved, ¡oh purísima paloma! al arca de vuestro albergue, hasta que cesen las aguas de este diluvio, porque aquí no hallaréis donde descanse vuestro pié. Más, á esto respondía el corazón de la Madre: ¡Oh mi queridísimo Hijo! ¿por qué me mandáis que yo me retire de vos? ¿Dónde puedo hallar conforte, sino en vuestra presencia? Vuestra vida es mi vida, sean, pues mías vuestras penas: permitid que mis lágrimas acompañen á vuestra sangre; quiero ser crucificada con vos y morir con vuestra muerte. Vivir sin vos me será más duro y amargo que el morir; y el morir con vos me será premio de haberos dado la vida. Estos sentimientos se

repetirían allá en sus corazones la Madre y el Hijo, y con tan dolorosos afectos proseguían el camino, hasta llegar al lugar del sacrificio.